

Sin título

Magdalena Díaz

El sol azotaba intensamente las praderas. Llevaba varios días sin llover y los pobladores temían a la sequía. El ribete de su vestido se mantenía húmedo, pero eso no evitaba que, al ser una criatura del agua, no advirtiera la obvia necesidad del elemento. Levaba demasiado tiempo esperando, era poco probable que apareciera algún humano y menos aún, a pie. Suspiró con pesadez y comenzó a sopesar si no era mejor volver a casa sin haber conseguido nada. No, claro que no, había prometido a sus hermanas que les llevaría una moneda para que la vieran. No es que como ninfas adoraran las cosas brillantes, pero el vivir toda su vida recluidas en el río les había desarrollado una insaciable curiosidad que buscaban alimentar con su apoyo. Aquel objeto circular que les encantaba atesorar a los humanos era completamente inútil para la comunidad, pero la verdad era que jamás rechazaba una petición de ningún integrante de la familia; aunque muy en el fondo, también quería compartir sus conocimientos acerca del tema con las demás.

Sabía que tendría más posibilidades en el pueblo, pero no quería meterse en problemas. Estaba bien que pudiera cambiar de aspecto, pero se le estaban acabando las identidades y era demasiado agotador hacer el cambio.

Con paso cansino se encaminó en dirección a Arlabor, era lo más lejos que podría llegar ese día sin desmayarse por deshidratación.

Levaba varios minutos caminando cuando escuchó el característico traqueteo de una carreta sobre las piedrecitas del camino. Miró hacia atrás sin voltearse, detrás del vehículo se levantaba una gran nube de polvo y se detuvo a esperar a que pasara por su lado con la esperanza de que parara. Para aumentar sus posibilidades saludó levemente con la mano sobre el hombro. La carreta se estacionó unos centímetros por delante de ella, el conductor se giró y saludó cortésmente con su sombrero.

—Buenos días, hermosa dama ¿A dónde se dirige?

Ella fingió que su amable comentario le causaba gracia y se preguntó si se hubiera detenido si su aspecto no fuera de su agrado.

—Muy buenos días, caballero. Al pueblo, debo cumplir unos recados —hizo una pequeña pausa, como si pensara, pero no demasiado extensa para que la conversación no perdiera el sentido que necesitaba—, ¿No irá usted también allí? —terminó con una sonrisa.

—Da la casualidad de que tengo asuntos pendientes en esa dirección. Podría llevarla, si usted así lo desea.

—Que amable de su parte, si no fuera una molestia...

—¡Para nada! —exclamó el hombre, que no debía de tener más de veinte años. Y dicho esto ella se subió a la parte trasera de la carreta, cuidando que el joven no viera la humedad que se apreciaba en el bordillo de su vestido.

El resto del camino transcurrió sin contratiempos. El muchacho de vez en cuando le decía algo amistoso o le soltaba algún halago en forma de cortejo, cargado de galantería, pero al ver que ella esquivaba todo con sonrisas y respuestas cortas, desistió.

Cuando llegaron a su destino, ella le indicó que se detuviera a la entrada del pueblo para bajarse. Caminó algunas cuadras con la cabeza gacha y se dirigió a un angosto callejón, perfecto para robar objetos pequeños. Fingió que analizaba unas frutas en un puesto contiguo a la entrada y esperó que alguien atravesara la estrecha calle. Un hombre de aspecto de tener el tiempo justo se adentró en él, tal vez en busca de un atajo, y ella lo imitó desde el lado contrario, de forma que se encontraran. Cuando ya casi lo tenía encima se preparó para chocar levemente con él y tener la oportunidad perfecta para meter la mano rápidamente dentro de su capa y sacar, cuando menos, una moneda. Pero el hombre, siempre caballeroso, redujo el paso y se hizo a un lado para que ella pudiera cruzar primero. Viéndose en un aprieto, enseguida ideó un plan de contingencia; quería volver lo antes posible a su casa. Pasó al lado del hombre y extrajo, ágilmente, una moneda de plata del bolsillo interior. Comenzó a caminar más rápido y al constatar que el señor no se había dado cuenta de nada, corrió al doblar hacia la salida. No podía correr tanto, la gente se daría cuenta de que algo pasaba y la detendrían. Redujo el paso e imitó a su última víctima, pareciendo estar atrasada para todo. Ya había dejado atrás las casas y se dirigía al camino cuando escuchó un fuerte estrepito, no muy cerca. No se detuvo, no prestó atención, tan solo siguió avanzando.

Había congregado a sus hermanas a la orilla del río para que contemplaran su reciente adquisición cuando llegó la bruja. No es que no hubieran advertido su presencia, tan solo que no les significaba una amenaza, así que la dejaron pasar e incluso le permitieron sentarse junto a ellas. La invitada se aseguró de dejar que el agua del río le rozara la parte baja de la ropa en señal de respeto a la comunidad. Estaba claro que tenía algo que comunicar.

—Los reyes han muerto —soltó de pronto, mirando como sus zapatos se hundían en el agua. A su comentario siguió el silencio, sin embargo, éste no duró mucho, siendo remplazado por una serie de murmullos.

—¿Cuándo? —preguntó una.

—Hace unos minutos, en Arlabor

Todas dirigieron su mirada a la hermana que aún sostenía la moneda.

—Acabo de estar allí —se excusó ante la desconocida por el comportamiento de sus familiares—, no noté nada extraño.

—Un árbol cayó sobre su carruaje de vuelta de una reunión meramente social en la ciudad sur. Una desgracia, era un bello árbol.

Las ninfas soltaron un suspiro compartiendo el sentimiento de compasión.

—Y ahora necesito ayuda, es una gran oportunidad para resurgir de las sombras en donde esos repugnantes humanos nos han obligado a permanecer —dijo sin poder contener su profundo desprecio hacia esa especie egoísta y cruel—. Escuché que en esta zona aún queda una descendiente de Nyx —añadió.

Involuntariamente las ninfas se fueron acercando a su hermana, advirtiendo una amenaza en la última insinuación de la bruja. Aunque ella también sea un ser mágico, de todas formas, no podían confiar plenamente en ella; al igual que los humanos pueden desconfiar de su propia familia.

—¿Ella? —preguntó la bruja, en su tono se podía advertir levemente el desdén, e incluso la decepción.

El lado orgulloso de mujer de la ninfa salió a relucir en ese momento y se irguió de forma que la insolente bruja pudiera apreciar toda la belleza que el cambio de forma le otorgaba.

La bruja se levantó y le indicó que la siguiera, para que pudieran hablar en privado. Y una vez lo suficientemente lejos, le contó su plan.

Partirían al día siguiente, habían acordado todo, incluso la bruja le había dado un nombre. Era un practica demasiado humana, demasiado individualista, demasiado soberbia. laviane Elyot. Así es como el mundo la reconocería. Hija de nobles con una contundente renta y generosa dote. Pero eso era lo de menos. Lo más difícil, sin duda, sería llegar hasta el príncipe y convencerlo de que quería pasar el resto de su vida con ella. Al principio no le había agradado la idea de quedar atada a un humano, pero luego la bruja la consoló diciéndole que, luego de que asesinara al príncipe, no tendría ataduras de qué preocuparse.

La bruja también le había facilitado todo lo relacionado con el transporte a la capital, incluidos los víveres y por supuesto, el carruaje, inspirado en el que viajaban los reyes antes de ella los matara.

Lo más doloroso de la partida fue el despedirse de todas sus hermanas, sin tener la certeza de volverlas a ver, pero sabiendo de que cuando volviera —si volvía— ya no sería lo mismo.

Subió al carruaje y este emprendió la marcha hasta donde tendría que cumplir su misión.

El viaje, todo el tiempo tranquilo; unos guardias los detuvieron a las puertas de la ciudad y les pidieron cortésmente que se identificaran, luego los dejaron pasar.

Se instaló en una lujosa cabaña cerca del castillo, en donde había solicitado una audiencia y había presentado su posición como pretendiente. Tardaron en aceptar su solicitud y empleó todos y cada uno de los días en la capital para aprender más sobre los humanos y sus conductas, intentando siempre parecer lo más elegante y gentil que su inexperiencia se lo permitiera.

Había muchas cosas que se podían comprar en ese lugar, de forma que adquirió varios vestidos de gala muy elegantes con los que se pensaba presentar ante la corte y el príncipe.

Al fin llegó el día, estaba muy nerviosa, pero se abstuvo de proyectar su temor. Escoltada por dos guardias, entro a una sala en donde los esperaban el príncipe y varios soldados más.

Estaba claro que el príncipe jamás se había enamorado antes, por lo que experimentó una extraña, pero placentera y agradable sensación cuando la dama entro a la sala y comenzó a hablar. De hecho, le agradó tanto su presencia que le concedió una segunda audiencia y al cabo de unos días, cuando éste se sentía completamente seguro de estar enamorado, la presentó ante su pueblo como su futura esposa.

laviane se sentía bastante abrumada, los preparativos de la boda se hicieron lo más rápido posible y ella, por desgracia —en su opinión—, estaba en medio de todos ellos. Las sirvientas y nodrizas pululaban a su alrededor considerando qué aspecto se le vería mejor y junto con la modista se encargaban de arreglar su ostentoso vestido de bodas.

El día del evento comenzaron a prepararla desde temprano para que por la tarde estuviera lista. Le empolvieron la nariz y le pintaron los labios carmín; le pusieron su vestido, que al igual que todo lo que se ponía se humedecía en los bordes, sin embargo, no era un gran problema, ya que apenas se notaba y no dejaba marcas.

Caía la tarde y ella, siempre majestuosa, caminaba hacia el altar. Todo el pueblo estaba allí, y aunque fuera una boda “falsa”, le habría gustado que sus hermanas estuvieran ahí, con ella, apoyándola. Sin embargo, no estaban, las criaturas mágicas no eran invitadas a eventos tan importantes a menos que pudieran dar algo a cambio, como las hadas, que para sobrevivir les regalaban dones a los recién nacidos.

Al llegar al lado del príncipe —que para ser un humano no estaba nada mal— el sacerdote comenzó a recitar un discurso religioso sobre el amor y ella dejó de prestar atención, aún no tenía idea de cómo iba a conseguir asesinar al joven a su lado, pero sabía que tenía que ser antes de la primera noche de bodas.

—... ¿Hasta que la muerte los separe? —Y al ver que nadie hablaba, salió de su trance y rápidamente contestó:

—Acepto

—Príncipe William —prosiguió el religioso—
¿Aceptas como esposa a la señorita Laviane Elyot para amarla y respetarla, hasta que la muerte los separe?

El chico la contempló y ella se esforzó por parecer enamorada.

—Acepto —respondió, sin dejar de mirarla.

—Puede besar a la novia —concluyó. Ese era un momento que temía, se volteó hasta quedar frente a frente con su, ahora, esposo y él se acercó para depositar un casto beso sobre sus labios. Cuando se alejó, ella se sintió más relajada, lo malo ya había pasado y ni siquiera se había dado cuenta de lo tensa que se había puesto. El pueblo tras ellos vitoreó la reciente unión y al salir del recinto los llenaron de felicidades y les desearon lo mejor.

Una vez en el cuarto que compartían en el castillo, ella, si en que él lo notase sacó una daga que había escondido entre los pliegues de su vestido luego de robársela a un guardia a la salida de la capilla.

Se recostó en la cama junto a su esposo y pasó la mano que tenía la daga cuidadosamente sobre su cintura, como si lo estuviera abrazando. Llevó la otra mano hasta su boca y presionó con todas sus fuerzas mientras enterraba la hoja de metal en la espalda del chico, que luchaba por soltarse, antes de caer muerto.

Cuando el cuerpo dejó de moverse y cuando ella ya no sentía la respiración del muchacho sobre su mano se alejó, asqueada, de él. Se quitó el vestido que no le servía para huir y se puso los pantalones y la blusa más pobres que encontró en el armario. Se asomó al balcón y decidió que era muy alto como para saltar. Sabía que había guardias en el pasillo y que si no salía pronto de allí la iban a descubrir.

Fue hasta la cama y arrancó una sábana, que convirtió en una cuerda con ayuda de su poder de transformación. Ató un extremo al balcón y lanzó el otro hacia afuera. Pasó una pierna sobre la baranda y luego la otra, quedando sujeta únicamente por el delgado borde que sobresalía. Se agachó, tomó la cuerda y saltó. Cayó libre por poco tiempo pues la tensión la detuvo, miró hacia abajo y soltó un poco su agarre para que la cuerda pasara cuidadosamente entre sus dedos. La mano le ardía por el roce cuando llegó al suelo. Se escabulló entre unos arbustos y comprobó que no hubiera nadie. Salió de su improvisado escondite y corrió al muro y lo subió de un salto, pero al otro lado también había guardias. Se quedó quieta, casi ni respiraba. Pero aun así la descubrieron. La obligaron a bajarse y al reconocerla la escoltaron a su habitación. Estaba asustadísima y culpaba a la bruja por haberla convencido de hacer una locura como aquella. Ya estando frente a la puerta, uno de los guardias llamó a la puerta, y al no recibir respuesta luego de varios intentos, la abrió. La imagen que recibieron era trágica; el príncipe, sobre su cama, sobre sabanas rojas, manchadas de su sangre. Era la imagen que ella había querido que vieran a la mañana siguiente, cuando ya estuviera muy lejos de aquí. La miraron, y miraron la escena. Ya no cabía duda, ella era la única sospechosa.

La arrastraron a una celda y comunicaron el crimen a todos los demás. Se quedó ahí toda la noche y a la mañana siguiente llegó el sacerdote que los había casado e intentó entablar una conversación, para que, por lo menos, pudiera arrepentirse de sus pecados antes de ser decapitada. Pero ella ni lo miró.

Al medio día la obligaron a ir a la plaza central y a arrodillarse. Apoyaron su cabeza sobre un tronco gastado. La gente que un día antes la había amado y vitoreado, ahora la repudiaban. De pronto ella recobró su aspecto habitual, con su piel azulada, casi transparente. El verdugo alzó el hacha, y cuando el filo de esta estaba por rozar su cuello, su cuerpo se deshizo en agua.